

aset

ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO



**Congreso
Nacional
de Estudios
del Trabajo**

1, 2 y 3 de agosto de 2001

Autores

**Melina Deledicque
Mariano Féliz
Alejandro P. Sergio.**

Artículo

**VULNERABILIDAD, ¿ANTESALA DE
LA POBREZA?**

VULNERABILIDAD, ¿ANTESALA DE LA POBREZA?

Melina Deledicque¹, UNLP.

Mariano Feliz², CEIL-PIETTE/CONICET, UNLP.

Alejandro P. Sergio³, UNLP.

ABSTRACT

En este trabajo discutimos el concepto de vulnerabilidad y realizamos un análisis empírico de su incidencia y grado en los hogares de la Argentina, limitándonos sólo a un aspecto del mismo, el cual se refiere a la vulnerabilidad frente a la pobreza. Este concepto define a la vulnerabilidad como una situación de riesgo, dada por la probabilidad de caer en la pobreza o descender socialmente.

A partir de los datos de la EPH calculamos la variabilidad de los ingresos de los hogares, a través de la cual podemos definir la magnitud del riesgo de que un hogar no-pobre caiga por debajo de la línea de pobreza en un período de tiempo determinado. El análisis abarca diferentes sub-grupos de la población que pueden estar sujetos a distintos niveles de riesgo, tomando también en consideración las diferencias que puedan surgir en las distintas regiones del país.

Esta perspectiva analítica permite complementar los tradicionales estudios sobre incidencia de la pobreza, ya que permitirá definir en forma más acabada la población objetivo de políticas de combate a la pobreza, entendiendo a éstas no solo como aquellas que atacan la pobreza existente sino también las que buscan prevenirla.

¹ melinadele@latinmail.com

² marianfeliz@sinectis.com.ar

³ alejandrosergio@netverk.com.ar

VULNERABILIDAD, ¿ANTESALA DE LA POBREZA?, por Melina Deledicque¹ (UNLP), Mariano Feliz² (CEIL-PIETTE/CONICET, UNLP) y Alejandro P. Sergio³ (UNLP)

Introducción

Los años finales del siglo XX dejaron un sabor amargo. La utopía del progreso sin fin parece haber sido reemplazada por la figura del descenso interminable.

Términos diversos como nuevos pobres, excluidos, marginados, vulnerables comenzaron a reaparecer en los ámbitos científicos, en los medios de comunicación y en las conversaciones de todos los días.

El uso indistinto de esos conceptos deviene de la complejidad de las situaciones que buscan describir. La dificultad de definir un fenómeno tan nuevo y antiguo a la vez trae un vendaval de palabras que buscan su lugar en el lenguaje.

Palabras viejas para definir una situación nueva, pero que cada vez más nos suena conocidas. La reaparición de las enfermedades de la pobreza nos recuerdan a aquellos Miserables de Víctor Hugo. Los nuevos parias, los desocupados, nos traen a la mente imágenes de los albores del capitalismo, donde las gentes hambrientas se concentraban en torno a las fábricas con el único fin de ser, aunque más no sea, explotados. Porque, claro está, para quien nada tiene es mejor ser explotado que no ser nada, que ser excluido. La exclusión es el temor latente detrás de la desesperación de todos los trabajadores desocupados y sus familias. No es solo la pobreza la que los espera si no logran insertarse en algún eslabón (aunque sea el más débil, el más mísero) del circuito productivo. Lo que espera a los excluidos es el aislamiento social, la crisis de identidad y sí, también, la miseria y el hambre.

La complejidad de los procesos mencionados no debe paralizarnos. Es necesario sistematizar los fragmentos de la realidad para comprenderla en su diversidad.

La coyuntura actual multiplica el número de configuraciones atípicas, la diversidad de recursos y de carencias va conformando un territorio complejo. Este contexto se caracteriza por la situación desigual que experimentan las personas en las distintas esferas de sus vidas. Esta falta de uniformidad puede llegar a desorientar ya que las experiencias vitales presentan una alta heterogeneidad, con situaciones de exclusión relativa, la que sufren los sujetos en algunas esferas de su vida mientras que en otras aún están incluidos.

En Argentina en el último cuarto de siglo se presenta un proceso de creciente precariedad en las condiciones de existencia de las personas y sus familias, de las ciudades y sus habitantes, de las regiones y del país. De lo que se trata es de dar cuenta del aumento de las dificultades para entrar al mercado de trabajo, de la caída, fragmentación e individualización de la relación salarial, del desarrollo de una cultura de lo aleatorio y de la proliferación de una gran cantidad de espacios intermedios.

Precariedad no significa tan sólo pobreza. La pobreza se relaciona esencialmente con una carencia material concreta. La falta de ingresos suficientes como para satisfacer ciertos

¹ melinadele@latinmail.com

² marianfeliz@sinectis.com.ar

³ alejandrosergio@netverk.com.ar

consumos básicos (Beccaria y Minujin, 1991; Beccaria, 1993), o para alcanzar ciertos “funcionamientos” mínimos (Sen, 1997) son señales de pobreza. La precariedad se asocia a la pobreza pero no es lo mismo. La pobreza es un estado, la precariedad una cualidad.

La precariedad acentúa la vulnerabilidad. Ser precario implica carecer de los resortes, de los mecanismos necesarios para afrontar el riesgo vital. Y esa falta puede ser, en la Argentina finisecular, una carencia imperdonable. La vulnerabilidad es la expresión de un riesgo latente, en particular el riesgo de caer, de empobrecerse, de convertirse en excluido. La vulnerabilidad plantea la idea de que hay una probabilidad de que ese riesgo latente se transforme en problema real, es un estado en el que todo percance puede transformarse en catástrofe (Minujin y Kessler, 1995).

Conceptos varios para una realidad compleja

Entramos a un nuevo siglo y nos encontramos con elementos de reestructuración económica que se irán profundizando en el futuro, como la reforma del Estado, la liberación del mercado financiero, la terciarización de la economía, entre otros. A su vez, se ha modificado el paradigma de desarrollo social, el Estado asume un papel neutro limitándose sólo a desregular la economía y la sociedad y la discusión de la igualdad se ve desplazada por la de la equidad (que no es lo mismo, Sen, 1997). Podemos observar una regresión política que pasó “... de la justicia a la compasión, de la compasión a la indiferencia, de la indiferencia a la exclusión. Se excluye sin problemas ni remordimientos a quien ya no existe...” (Guillebaud, 1995).

Dado este panorama el fraccionamiento y la exclusión son crecientes. Podríamos plantear una dualización de la sociedad en ricos vs. pobres, excluidos vs. incluidos, etc. Sin embargo, la situación es mucho más compleja. Tal como señala Robert Castel (1998) la crisis de la sociedad salarial ha llevado al surgimiento e intensidad de nuevas formas de vulnerabilidad y desigualdad social. A las inequidades de siempre se le suman otras nuevas produciéndose una nueva dinámica en la cual los individuos luchan por no ser excluidos, en una situación de desprotección y cuando los canales de inclusión se están debilitando (Minujin, 1998).

Cuando pensamos en el concepto de exclusión es clara la necesidad de acotarlo a situaciones que implican una fuerte acumulación de desventajas ya que de otro modo, si se lo usa en otras situaciones disímiles, pierde especificidad. Lo que caracteriza a un excluido no es tanto su situación de pobreza material, sino su aislamiento, la ruptura de su relación con el trabajo y de su inserción relacional (Castel, 1995). Lo que los excluidos tienen en común es su desenganche (“desafiliación”, Castel, 1995; o “descalificación social”, Paugam, 1993) de aquellos canales tradicionales de inserción social, el empleo y otras redes comunitarias (la familia, el club, el partido, etc.). Este proceso lleva a la destrucción del lazo social que une a la sociedad con el individuo.

Los excluidos se encuentran atrapados en una “tierra de nadie”, en riesgo de convertirse en guetos dependientes de la asistencia pública sin reconocimiento social alguno: corren el riesgo mayor de transformarse en marginados.

La marginalidad se asocia a algo más que a mera exclusión. Es la estación final del proceso de exclusión. Los marginados son seres despojados de todo derecho, expulsados de la sociedad, estigmatizados y rechazados.

Vulnerabilidad(es)

El concepto de vulnerabilidad se refiere a aquellas numerosas situaciones intermedias, de exclusión en algunas esferas e inclusión en otras. La vulnerabilidad no lleva necesariamente a la exclusión. En algunas ocasiones los individuos logran superar las condiciones de riesgo (por ejemplo, a través de sus estrategias vitales) evitando caer en la exclusión. Pero en otras

ocasiones, se produce el proceso inverso hasta que el incremento de las dificultades conduce inevitablemente a la exclusión. Se podría decir que si bien el proceso es dinámico, la condición de vulnerabilidad que se constituye en la Argentina de fin de siglo es permanente y es característica de la estructura social (Minujin, 1998).

La noción de vulnerabilidad busca abarcar aquellas condiciones sociales de riesgo, de dificultad, que inhabilita e invalida, de manera inmediata o en el futuro, a los grupos afectados, en la satisfacción de su bienestar - en tanto subsistencia y calidad de vida - en contextos socio histórico y culturalmente determinados (Castel, 1991, 1995).

Por lo tanto, coincidimos con Castel (1998) en el hecho de que las desigualdades contemporáneas exigen un análisis más preciso de los factores de vulnerabilidad y de sus efectos sobre las desigualdades mejor conocidas (de ingresos, de vivienda, salud, educación, etc.). Estas desventajas pueden constituir una especie de marca inicial, como en el caso de los niños pertenecientes a hogares pobres, o irrumpir en cualquier momento de la vida, como les sucede a las familias de clase media que se ven afectadas por el proceso de empobrecimiento.

La idea de la condición social de riesgo implica una diversidad de situaciones que podrían estar incluidas bajo la categoría de vulnerabilidad social, lo que refiere a su multidimensionalidad y complejidad (Perona y otros, 2000). Los distintos tipos de privación a los que remite este concepto aluden a situaciones de riesgo, debilidad, incertidumbre, inestabilidad, precariedad en la inserción laboral, fragilidad en los vínculos relacionales. Siendo así que los vulnerables se enfrentan a riesgos de deterioro, pérdida o imposibilidad de acceso a condiciones habitacionales, sanitarias, educativas, laborales, previsionales, de acceso a la información y a las oportunidades.

El concepto de vulnerabilidad se plantea entonces como herramienta analítica que permita estudiar lo que ocurre en ese gran espacio cuyos límites son difusos y móviles, identificando condiciones diversas y con distintos grados de riesgo. También ayuda a identificar a los hogares que por su menor disponibilidad de activos materiales quedan expuestos a sufrir alteraciones bruscas y significativas en sus niveles de vida ante cambios en las condiciones laborales de sus miembros activos.

Vulnerabilidad y pobreza

La incertidumbre respecto al futuro es uno de los rasgos que mejor caracterizan el tiempo actual. En el contexto de un régimen económico donde los principales instrumentos de la política económica han sido abdicados, el mundo del trabajo es forzado a canalizar y absorber todas las fluctuaciones. El mercado de trabajo se ha convertido en el catalizador, el buffer de esa incertidumbre. El riesgo país no se percibe en la cotización de los bonos de la deuda pública, sino en los movimientos que se producen en el mercado de trabajo.

La creciente precariedad de las relaciones laborales expresa este fenómeno. Con el Estado abandonando su papel como árbitro en una relación desigual entre el capital y el trabajo, los empresarios han vuelto a adueñarse del piso de la fábrica (Deledicque y Félix, 2000).

Con la precarización laboral no solamente aumenta el riesgo de exclusión y marginalidad, sino que también se incrementa fuertemente el riesgo de empobrecimiento.

La flexibilidad laboral se transforma en un mecanismo que busca transferir el riesgo empresario a quienes no tienen por qué asumirlo (los trabajadores). Ante un evento fortuito, los trabajadores no solamente deben enfrentar la posibilidad de “quedar afuera” sino que también podrán “aceptar” la alternativa de sufrir una caída en sus ingresos a cambio de mantenerse integrados. La pérdida del empleo se ha convertido, en la sociedad del “fin del

trabajo”¹, en el mayor demonio para cualquier trabajador: es la antesala de la desafiliación. La alternativa es el “empobrecimiento integrado”². Las familias trabajadoras aceptan el descenso social mientras no signifique la expulsión.

A estos “nuevos pobres” (Minujin y Kessler, 1995) la precariedad los ubica al borde de un abismo. Carecen de certezas, y buscan permanentemente estrategias adecuadas para sostenerse en una caída que no pueden controlar. No están sólo empobrecidos sino que están desprotegidos, son vulnerables frente a un mundo que los fuerza permanentemente a revalidar su condición de ciudadanos.

En el espacio económico, la precarización provoca una elevada variabilidad en los ingresos de los hogares haciéndolos poco predecibles. La elevada incertidumbre sobre el flujo de ingresos impacta significativamente en la calidad de vida de los hogares que cuentan con una escasa dotación de capital o con dificultades para endeudarse, quedando expuestos a una situación de vulnerabilidad. Esta se expresa en el escaso margen con que quedan estas familias para hacer frente a situaciones imprevistas.

En este plano, el gran riesgo es empobrecerse. La vulnerabilidad se asocia a la posibilidad de la pobreza, y a la exclusión sólo como alternativa extrema. Ese es el eje de este documento: analizar la magnitud del fenómeno de la vulnerabilidad a la pobreza.

Riesgo frente a la pobreza

Entendemos que la problemática de la inclusión-vulnerabilidad-exclusión se dirime, fundamentalmente, en términos de la relación de los individuos (y sus hogares) con el mercado laboral (Minujin, 1998). Esta esfera es decisiva en cuanto a la cuestión de estar incluido o excluido socialmente, ya que el trabajo tiene la característica de ser un recurso generador de recursos. La situación ocupacional brinda las bases materiales sobre las que se organiza la vida cotidiana de las personas. El lugar que los individuos ocupen en la estructura socio-ocupacional incidirá en los ingresos y por ende en las mayores o menores probabilidades de acceder a otros bienes. Por lo tanto, la participación en el mercado de trabajo es la condición de posibilidad de la inclusión económica y social.

Para hacer frente a los riesgos asociados a la precarización de los mecanismos tradicionales de inserción, los hogares deben movilizar una multiplicidad de recursos, entre los cuales la fuerza de trabajo juega un rol fundamental³. Sin embargo, lo que importa de manera primordial es la capacidad de convertir esos recursos en activos que puedan ser utilizados

¹ La idea de la sociedad del fin del trabajo señalada por Rifkin (1995) es en realidad un falacia. Lo que se percibe es una situación en la cual las políticas neoliberales junto con el cambio en el patrón tecnológico orientado hacia una mejor optimización de la jornada de trabajo en función de las necesidades de la empresa (con turnos flexibles, jornada anualizada, períodos de vacaciones asociados a las fluctuaciones de la demanda, etc.), es que el ritmo de creación de puestos de trabajo “tradicionales” se ha debilitado. Por su parte, Antunes afirma que el mundo de trabajo sufrió una múltiple procesualidad: por un lado, se desproletarizó el trabajo industrial en las sociedades capitalistas avanzadas y paralelamente se efectuó una significativa subproletarización del trabajo, como consecuencia de las formas diversas de trabajo parcial, precario, subcontratado, tercerizado, vinculado a la economía informal. De esta manera, se ha producido una heterogeneización, complejización y fragmentación del trabajo.

² Castel (1995) habla de una “pobreza integrada”, justamente una pobreza trabajadora, como contracara de una “pobreza indigente” (que obtiene ayuda sobre la base de su inserción comunitaria) y una “pobreza desafiliada” (marginalizada o excluida), que no encuentra lugar en el orden laboral ni por inserción en redes comunitarias.

³ Existen otros recursos fundamentales, tales como el capital humano (salud, educación y capacitación), los recursos naturales, los activos productivos, el tiempo, la cohesión familiar y las redes sociales e institucionales, que los hogares pueden movilizar para enfrentar situaciones de riesgo. Pero en una sociedad donde la inserción ocupacional juega un papel central como organizador de la vida y la identidad, nos concentraremos en el papel que juega la movilización de la fuerza de trabajo hogareña en las estrategias de resistencia a la vulnerabilidad.

para reducir la vulnerabilidad y mejorar el bienestar (González de la Rocha, 1999). Estos recursos sólo se convierten en activos cuando las personas pueden hacer uso de las oportunidades que se presentan en los mercados, en la sociedad o en relación con el estado⁴.

Esas oportunidades de acceso a bienes, servicios o actividades vitales no se encuentran distribuidas al azar. Se encuentran estructuradas en tanto uno no encontrará una constelación de oportunidades dispersas, sino que pueden observarse ciertos patrones que relacionan las posibilidades de acceso al empleo, a bienes, servicios y otros mercados. En consecuencia, cambios en la vulnerabilidad de los hogares pueden ser el resultado de cambios en la cantidad y/o calidad de los recursos que poseen los hogares como en las estructuras de oportunidades que enfrenten.

Cuando se presentan alternativas para su utilización productiva, la fuerza de trabajo se convierte en un activo muy valioso que permite mejorar las capacidades del hogar. Por el contrario, si la capacidad de convertir ese y otros recursos en activos declina como resultado de los cambios en el mercado de trabajo y en otros mercados (mercado de productos, de crédito, etc.) los hogares son forzados a adaptarse para enfrentar esa mayor vulnerabilidad. Deben desarrollar una serie de estrategias de “resistencia” para proteger y, de ser posible, incrementar sus niveles de consumo y bienestar. Verán necesario combinar acciones para generar ingresos, para “extender” el poder de compra de esos ingresos y estrategias de reducción de gasto que podrán incluir desde la movilización de la fuerza de trabajo de otros miembros del hogar a la intensificación de la tarea de los miembros ya ocupados, la generación de producción hogareña, cambios en los patrones de consumo y una mayor dependencia de las redes familiares y comunitarias que funcionan sobre los principios de reciprocidad y soporte mutuo (González de la Rocha, op. cit.).

La capacidad de los hogares para adaptarse a los cambios y protegerse puede estar influenciada por diversos factores asociados al hogar. Debido a las diferencias en tamaño, composición, etapa del ciclo vital y otros factores, los hogares se encontrarán diferencialmente preparados para enfrentar y resistir a un ambiente deteriorado y en crisis.

Por otra parte, la posibilidad de tomar acciones que aseguren al hogar frente a los riesgos del medio es un elemento clave en las estrategias de resistencia de los hogares en situación de vulnerabilidad. En Argentina (como en otros países subdesarrollados) los hogares que sobreviven sobre la base de la venta de su fuerza de trabajo tienen serias dificultades para asegurarse contra el riesgo frente a la pobreza. La existencia de este tipo de seguros podría reducir los cambios que pueden producirse en los niveles de vida producto de variaciones inesperadas en los ingresos familiares.

La inexistencia de instituciones financieras suficientemente desarrolladas dificulta el acceso al crédito. El riesgo percibido puede ser tan importante que los colaterales (garantías) exigidos quedan fuera del alcance de los hogares que necesitan de un seguro. Por otro lado, si existe la percepción de que la caída en la pobreza será una situación duradera, no habrá quienes estén dispuestos a ofrecer créditos transicionales. Si el modelo económico transfiere la incertidumbre sistémica al mercado de trabajo, difícilmente los trabajadores consigan un seguro pues el riesgo que deben asumir es el riesgo de la crisis nacional (el riesgo macroeconómico).

⁴ La fuerza de trabajo es un recurso importante de los hogares, pero solo se convierte en un activo cuando es utilizado para obtener salarios o productos. Los contactos sociales y las relaciones también son recursos importantes, pero solo se convierten en activos cuando son utilizados para conseguir información útil para conseguir créditos, trabajo, mercados o servicios para el hogar (tales como cuando un vecino hace de niñera permitiendo que la madre puede salir a trabajar)

De cualquier manera, a pesar de la ausencia de instituciones financieras formales efectivas, los hogares utilizan otro tipo de alternativas para proveerse de seguro contra las variaciones en los ingresos. Pueden pedir auxilio a sus familiares o a sus vecinos o pueden vender o comprar diversos activos durables.

Por otra parte, frente a situaciones de riesgo los hogares pueden tomar decisiones que si bien pueden parecer adecuadas en el momento, transforman una situación de empobrecimiento potencialmente transitorio en un estado permanente (Minujin y Kessler, 1995).

Las familias pueden intentar acciones que les permitan reducir la volatilidad de sus ingresos si es que no pueden acceder al crédito para sostener su nivel de consumo en los momentos difíciles. El problema de esta opción es que reducir la volatilidad del ingreso implica no sólo evitar las caídas bruscas sino también rechazar inversiones potencialmente rentables pero riesgosas (Morduch, 1994). El caso más concreto se relaciona a las inversiones en capacitación o educación donde los beneficios potenciales son elevados pero inciertos. Por ejemplo, frente a situaciones de caídas en los ingresos del jefe de hogar, las familias privilegiarán enviar a sus miembros al mercado de trabajo antes que mantenerlos en actividades con beneficios futuros, como el estudio o la formación. Este tipo de comportamiento puede inducir la constitución de trampas de pobreza si se suceden los eventos negativos.

Por otra parte, los hogares podrían enfrentar una situación adversa vendiendo los pocos activos de que disponen con el objetivo de estabilizar sus ingresos. Sin embargo, a medida que los activos familiares se agotan para proteger el ingreso y el consumo corriente, en el futuro la posesión de un menor nivel de riqueza reducirá las posibilidades de encarar inversiones potencialmente rentables y/o defenderse de nuevos eventos negativos.

En la nueva situación los hogares se tornan permanentemente más pobres y a la vez más vulnerables frente a futuros eventos negativos. Están un paso más cerca de la exclusión.

Midiendo el riesgo a la pobreza

A continuación discutiremos la metodología empírica que utilizaremos en este documento para cuantificar la vulnerabilidad que enfrentan las familias argentinas. Dicha metodología se basa, aunque con modificaciones, en la propuesta realizada por Pritchett et. al.(1999).

La línea de vulnerabilidad a la pobreza

La idea de vulnerabilidad frente a la pobreza remite al riesgo, a la probabilidad, de que un hogar vea caer sus ingresos por debajo de la línea de pobreza en un futuro relativamente cercano. Dicha probabilidad será no nula en la gran mayoría de los casos (ya que todos los hogares enfrentan el riesgo, aunque sea pequeño, de caer en la pobreza en el futuro), por lo que su relevancia estará dada cuando dicho riesgo sea elevado. Esto nos obliga a establecer un valor mínimo o umbral de probabilidad, o riesgo, a partir del cual puede calificarse a una familia como vulnerable. Entonces, de la misma manera que puede estimarse una línea de pobreza, la línea de vulnerabilidad a la pobreza (LVP) señalará aquel nivel de ingresos por debajo del cual la probabilidad de caer en la pobreza es mayor al umbral definido previamente. Aquellos hogares cuyos ingresos se encuentren por debajo de esa línea y a la vez superen la línea de pobreza se encontrarán en la zona de vulnerabilidad a la pobreza⁵.

Dada la incertidumbre respecto al futuro, la magnitud de la vulnerabilidad aumenta con el horizonte temporal. Si

⁵ Los hogares con ingresos menores a la línea de pobreza son obviamente vulnerables a la pobreza pues ya son pobres. Sin embargo, aquí nos interesa analizar solamente el conjunto de hogares con riesgo de pobreza pero que aún no lo es.

$$P(y_{t+i} < LP)$$

es la probabilidad de que en el período futuro i el ingreso del hogar esté por debajo de la línea de pobreza, entonces

$$[1 - P(y_{t+i} < LP)] * \dots * [1 - P(y_{t+n} < LP)]$$

es la probabilidad conjunta de no caer en la pobreza en los siguientes n períodos.

El riesgo para una familia dada de sufrir al menos un episodio de pobreza en n períodos por delante es de uno menos la probabilidad de no caer en episodios de pobreza. En consecuencia, podemos definir el riesgo $R(\cdot)$ de padecer al menos un episodio de pobreza en n períodos futuros como una función del número de períodos por delante, n , y el nivel de la línea de pobreza, LP :

$$R(n, LP) = 1 - \{[1 - P(y_{t+1} < LP)] * \dots * [1 - P(y_{t+n} < LP)]\}$$

Una vez conocido el riesgo de caer en la pobreza para un hogar, podemos definir a un hogar como vulnerable si el riesgo que enfrenta es mayor a un umbral de probabilidad p :

$$V_t(p, n, LP) = I[R_t(n, LP) > p]$$

donde I es un indicador de función.

Una decisión crucial consiste en definir el valor que debemos asignarle al parámetro p , ya que determina cual es el nivel de riesgo que debe enfrentar un hogar para poder ser calificado como vulnerable a la pobreza. Como señalan Pritchett et. al. (1999), es conveniente definir dicho parámetro en un valor de 0.50. Esto obedece, por un lado, al criterio intuitivo de igualar pérdidas y ganancias en el sentido de considerar vulnerables sólo a aquellos hogares que enfrenten una probabilidad mayor al 50% de caer en la pobreza en un período determinado. Por otro lado, si los ingresos de una familia están en el período t justo sobre la línea de pobreza y reciben un shock de media cero, su riesgo $R(\cdot)$ de caer en la pobreza será de justamente 0.50 un período hacia delante. Es decir, tendrán un 50 por ciento de probabilidad de caer en la pobreza y una probabilidad equivalente de mantenerse por encima de ella.

Implementación

Trabajaremos sobre las mediciones de la EPH de Abril y Octubre de 2000, considerando la primera como $t = 0$. Para nuestro propósito, calcularemos el porcentaje de la población en situación de vulnerabilidad a Octubre de 2000 basados en la variabilidad del ingreso per cápita familiar observada entre ambas mediciones.

Tomamos la volatilidad de los ingresos observada de los ingresos de los hogares como una aproximación del riesgo que hogares en las mismas categorías de población podrían experimentar en el futuro cercano. Si bien sabemos que el mundo es un sistema impredecible en el largo plazo⁶, entendemos que es razonable pensar que la experiencia de los distintos tipos de hogares en el pasado puedan servir como aproximación la posible experiencia hacia un futuro no muy alejado en el tiempo.

Es importante recalcar que la medición de la vulnerabilidad se concentrará en distintas categorías de hogares y no en hogares específicos. Es decir, cuando estimamos la volatilidad de los ingresos familiares tomamos en cuenta los cambios experimentados por ciertas categorías particulares de hogares (por ejemplo, hogares con más de 4 miembros) en la onda

⁶ En efecto, entendemos que el mundo es un sistema no-ergódico (Davidson, 1996). Esto significa que el futuro es incierto en un sentido ontológico, de manera que los agentes toman decisiones sabiendo que nunca será posible tener, en un momento futuro, los elementos suficientes como para estimar probabilidades, de manera confiable, como guía para el desempeño futuro.

de Mayo (es decir, en $t=0$). Esa estimación es tomada como aproximación del riesgo que enfrentan hogares de las mismas características (es decir, hogares con más de 4 miembros) en el momento en que evaluamos la vulnerabilidad (es decir, en $t=1$)⁷.

Además, la restricción de considerar dicha variabilidad sólo en un período obedece a que la encuesta permite seguir a una familia determinada a lo sumo durante cuatro mediciones, pero a costa de reducir sustancialmente la cantidad de información con la que se está operando, ya que la EPH reemplaza un cuarto de los hogares relevados en cada medición⁸.

La línea de pobreza (LP) que utilizaremos es la estimada por el Banco Mundial para las regiones argentinas en base a una canasta mínima de consumo (Lee, 1999) actualizando los valores de ese estudio por el índice de precios al consumidor (IPC); además, supondremos que la tasa de inflación esperada es cero. Este supuesto es bastante realista en las condiciones prevalecientes en nuestro país. La línea de pobreza nacional se estimó como promedio ponderado por población de las líneas de pobreza regionales.

Cabe observar que para una familia pobre en el período corriente su probabilidad de continuar siéndolo en el futuro es menor a uno, ya que (dado que los ingresos de los hogares bajo la LP tienen cierta variabilidad) es posible que sus ingresos se incrementen por encima de la LP. En este estudio estudiamos la vulnerabilidad de las familias cuyos ingresos se encuentran por encima de la LP.

La probabilidad de una familia con ingresos per cápita de y_t en el período t de caer en la pobreza en el período siguiente es precisamente la probabilidad de que una reducción en sus ingresos sea mayor al valor (corriente) en que sus ingresos exceden a la línea de pobreza, más el cambio esperado en sus ingresos.

Si definimos el cambio en el ingreso como

$$\Delta y_{t+1} = y_{t+1} - y_t$$

entonces la probabilidad de caer en la pobreza en el período 1 se puede escribir como

$$P(y_{t+1} < LP) = P(\Delta y_{t+1} < LP - y_t)$$

Si ahora consideramos que hay una tendencia invariante al crecimiento del ingreso en cada período, $\mu = \text{constante}$, y que σ es la variabilidad del cambio en los ingresos de cada familia individual, entonces para cada familia dicha probabilidad se puede reescribir como

$$P(y_{t+1} < LP) = P\left[\frac{(\Delta y_{t+1} - \mu)}{\sigma} < \frac{(LP - y_t - \mu)}{\sigma}\right]$$

lo que equivale a

$$P(y_{t+1} < LP) = \int_{-\infty}^{(LP - y_t - \mu)/\sigma} f\left[\frac{(\Delta y_{t+1} - \mu)}{\sigma}\right] d\Delta y$$

donde $f(\cdot)$ es la función de densidad de Δy .

⁷ Esto es importante pues no vamos a utilizar la experiencia (en términos de riesgo) de los hogares que hoy tienen cierta estructura como una aproximación de su probable riesgo futuro. Esta decisión resulta de que la experiencia pasada de los hogares se encuentra asociada también a transformaciones que el hogar ha sufrido producto de la vulnerabilidad que enfrentaban. De esta manera, como los hogares de hoy ($t=1$) no tienen la misma estructura que ayer ($t=0$) su experiencia probable hacia el futuro será, seguramente, más parecida a la de hogares que tenían estructuras similares en el pasado. Un hogar que hoy tiene 3 miembros activos (pero en el pasado tenían uno solo) tendrá hacia delante un riesgo vital semejante al de los hogares que en el pasado tenían 3 activos antes que a la de los hogares que tenían sólo uno.

⁸ En consecuencia, existe una relación inversa entre la precisión en la estimación de la variabilidad y tamaño de la población.

Suponiendo ahora que la tendencia es cero y que los ingresos esperados no varían en cada período,

$$= 0$$

$$E(y_{t+1}) = y_t$$

y que Δy_t está independiente idénticamente distribuida, entonces los cambios en el ingreso (aunque no necesariamente el nivel) observarán una distribución Normal. Bajo estos supuestos podemos ahora escribir el riesgo para una familia de padecer al menos un episodio de pobreza en los siguientes n períodos como

$$R(n, LP, y_t) = 1 - \left[1 - \int_{-\infty}^{(LP - y_t)/\sigma} N(0,1) \right]^n$$

Por construcción, n = 1 corresponde al período observado en la onda de la EPH (en nuestro caso Octubre de 2000). En consecuencia, nos interesará lo que sucede cuando n > 1, ya que es en dicho período donde nos ubicamos mirando hacia el futuro.

Finalmente, podemos medir el número de personas vulnerables a partir de crear una línea de vulnerabilidad a la pobreza, LVP, como una función del período de duración, la probabilidad de la pobreza y la variabilidad del ingreso de los hogares.

La línea de vulnerabilidad a la pobreza será aquel nivel de ingresos en el cual, partiendo de un nivel de ingresos en el período t, la probabilidad de padecer al menos un episodio de pobreza es justamente p:

$$LVP(p, n, LP, \sigma) \quad \text{que resuelve} \quad 1 - \int_{-\infty}^{(LP - LVP)/\sigma} N(0,1) = (1 - p)^{1/n}$$

Tomando p = 0.50, aquellas personas para las que su ingreso per cápita familiar esté justo en el nivel de la LVP tendrán un riesgo igual a 0.50 de que sus ingresos en el período siguiente estén por debajo de la línea de pobreza, y en consecuencia para todos aquellos situados por debajo de la LVP su riesgo será mayor.

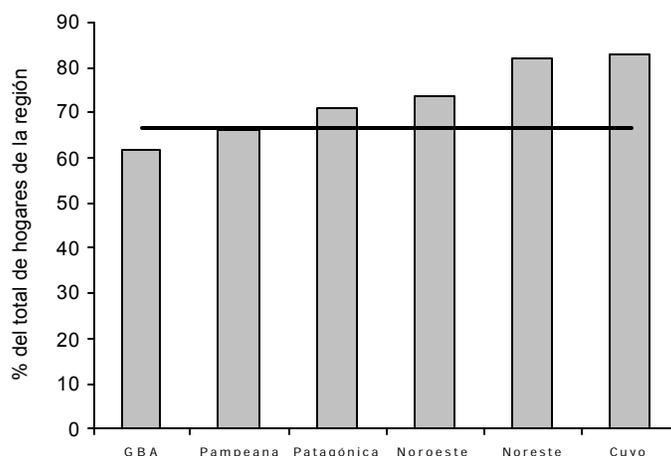
A partir de la información proveniente de la EPH estimamos los ingresos medios de los hogares no pobres y la volatilidad de los ingresos de esos hogares con el fin de estimar la incidencia de la vulnerabilidad entre distintos grupos de población.

En particular, analizando las diferencias en la incidencia de la vulnerabilidad en los hogares divididos a partir de sus características “estructurales” (nivel educativo del jefe, tamaño del hogar, proporción de activos o número de ocupados, etc.) intentamos descubrir la presencia de diversas estrategias familiares de despliegue de sus recursos cuyo objetivo pudiera ser la reducción de la incertidumbre (vulnerabilidad) y el mantenimiento de los niveles de vida (ingreso per cápita familiar).

Vulnerabilidad a la pobreza en Argentina

La incidencia de la vulnerabilidad a la pobreza en la Argentina es casi tan importante como la incidencia de la pobreza: un 32% de los hogares argentinos eran pobres en Octubre de 2000 mientras que un 51% de los hogares no pobres (es decir, un 35% del total de los hogares) eran vulnerables a la pobreza en el corto plazo (es decir, tienen una probabilidad de al menos 50% de caer bajo la línea de la pobreza en el lapso de un semestre).

Gráfico 1. Incidencia de la pobreza y la vulnerabilidad a la pobreza, según región

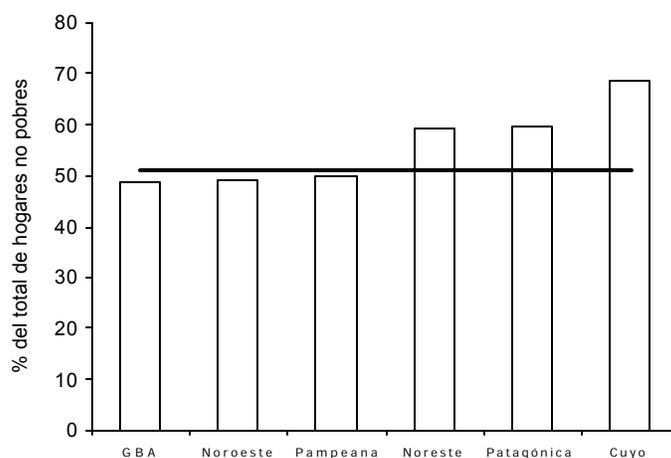


Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC. Nota: La línea negra representa la incidencia conjunta de la vulnerabilidad y la pobreza para el conjunto del país.

La suma de la incidencia de la pobreza y la incidencia de la vulnerabilidad son la real expresión del riesgo latente que sufre la población Argentina. En efecto, en el país más de dos tercios del total de los hogares se encuentra en una situación de riesgo tal que en un período de sólo seis meses se encuentra o tiene una probabilidad muy elevada (superior al 50%) de caer en la pobreza. Tal es la magnitud del problema social.

En el corto plazo (seis meses) los ingresos de los hogares no pobres son tan volátiles, que alrededor de la mitad de esos hogares en todas las regiones tienen una probabilidad mayor la 50% de caer en la pobreza. En el largo plazo (3 años) esa proporción alcanza al 80% de los hogares no pobres.

Gráfico 2. Incidencia de la vulnerabilidad entre los hogares no pobres, según región



Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC. Nota: La línea negra representa la incidencia de la vulnerabilidad para el conjunto del país.

El grado de incertidumbre en los ingresos es tan importante que uno debería esperar que las estrategias familiares se orientasen a amortiguar los riesgos de descenso y, en la medida de lo posible, definir acciones para ascender.

Las características estructurales de los hogares son un determinante importante en cuanto a la determinación de las posibilidades de transformación de los recursos disponibles en activos valorizados.

Varones y mujeres, ambos vulnerables

A diferencia de lo que podría esperarse, para el conjunto del país el sexo del jefe del hogar no es un determinante esencial de la vulnerabilidad observada. En efecto, la proporción de hogares vulnerables sobre el total de hogares no pobres es semejante (un poco más del 50%) tanto para los hogares con jefe varón como para aquellos con jefatura femenina. Las mujeres son marginalmente más vulnerables que los varones producto del hecho de que poseen ingresos per cápita familiar un tanto más reducidos para las primeras asociados a un grado de volatilidad de los ingresos sustancialmente mayor.

Si bien es cierto que las mujeres tienden a tener una remuneración sustancialmente inferior a la de los varones, hay dos factores que permiten a los hogares con jefatura femenina mantener un nivel de ingresos per cápita semejante al de los hogares con jefatura masculina aunque más no sea aceptando una mayor volatilidad en los mismos. La jefatura femenina se asocia en general a la salida del cónyuge varón, por lo que si bien el cambio de jefatura reduce los ingresos totales (la mujer que probablemente no tenía un empleo pasa a tener uno que reemplaza parcialmente los ingresos del varón) la salida del varón del hogar reduce el número de miembros del hogar en una proporción similar.

Por otra parte, como la inserción ocupacional de las mujeres suele ser más precaria, la volatilidad de los ingresos del hogar se incrementará. El resultado de estos elementos es que la incidencia de la vulnerabilidad entre los hogares con jefatura femenina será solo marginalmente mayor que la de los hogares con jefatura masculina. Frente a la necesidad de sostener sus hogares, las mujeres se ven forzadas a incorporarse al mercado de trabajo en condiciones ampliamente desfavorables.

El ciclo de vida familiar

La etapa del ciclo de vida que atraviesa el hogar tiene efectos notables sobre la vulnerabilidad del mismo. Los hogares cuyos jefes son jóvenes (tienen entre 14 y 24 años de edad) poseen una más baja incidencia de la vulnerabilidad que los hogares con jefe adulto (de 25 a 49 años). Los hogares con jefatura de mayores (de más de 50 años) tiene una incidencia de la vulnerabilidad similar a la de los adultos.

Una interpretación posible de estos resultados es que los hogares más jóvenes tienden a ser más flexibles dado que tienen menos responsabilidades familiares. Frente a cambios en las condiciones en el mercado de trabajo estos hogares tienen mayores facilidades para adaptarse rápidamente buscando nuevas ocupaciones, trabajando más horas o incorporando un nuevo miembro al mercado de trabajo. Por el contrario, los hogares con jefe adulto probablemente sean más inflexibles ya que sus estrategias familiares de vida no pueden modificarse rápidamente (por ejemplo, por la presencia de niños en el hogar, o de “estilos de vida” arraigados). Por otra parte, si los shocks (en particular los negativos) que enfrentan los hogares adultos son entendidos por sus miembros como transitorios, las familias pueden intentar estrategias que solamente pueden ser transitorias (tales como la venta de activos) o la reducción (inicialmente) “temporaria” de ciertos consumos “superfluos”, “aceptando” los cambios en los ingresos familiares y ajustando su consumo a esas modificaciones o (des)ahorrando.

Otro elemento a tener en cuenta es que los hogares en la etapa adulta de su ciclo de vida tienen un acceso relativamente elevado a mecanismos de aseguramiento contra el riesgo frente a la pérdida (temporaria) de ingresos. Estos mecanismos para asegurarse frente al riesgo (formales o informales) permitirían a estos hogares amortiguar los efectos que las

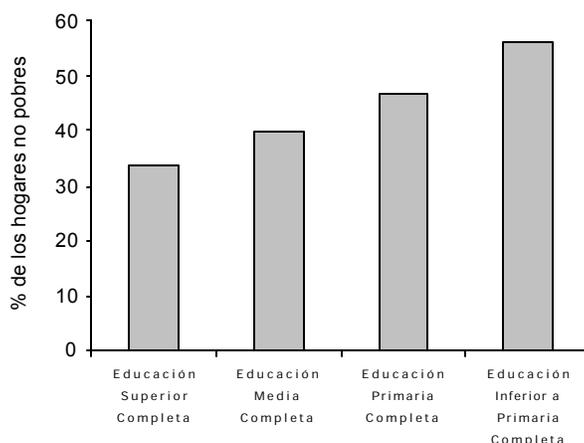
variaciones en los ingresos familiares pueden tener sobre su consumo. Los hogares más jóvenes, por su parte, no pueden amortiguar su consumo (ya que carecen de crédito o capacidad de ahorro) por lo que buscan suavizar las variaciones de sus ingresos utilizando el único seguro del que disponen: su fuerza de trabajo.

Valorización de la fuerza de trabajo a través de la educación

Los hogares buscarán desplegar estrategias de utilización de sus recursos disponibles procurando convertirlos en activos valorizables. La calificación de la fuerza de trabajo jugará un papel fundamental en el proceso de transformación de ese recurso (la fuerza de trabajo) en un activo con más alto valor de mercado.

En efecto, se observa que la vulnerabilidad de los hogares se relaciona inversamente con el nivel de las certificaciones educativas del hogar (aproximadas por las del jefe del hogar).

Gráfico 3. Incidencia de la vulnerabilidad entre los hogares, según el nivel educativo del jefe



Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC.

La posesión de certificaciones educativas que expresen tanto la calificación de la fuerza de trabajo (acumulación de capital humano; Becker, 1964), como un indicador del grado de adaptabilidad de los futuros trabajadores a las normas empresariales (Bowles y Gintis, 1998) o como una señal de los costos probables de entrenamiento en el trabajo (Thurow, 1975) facilitarán la valorización de la misma en el mercado. De esta manera, los hogares con una fuerza de trabajo mejor calificada logran amortiguar más eficazmente las fluctuaciones que se producen en los ingresos familiares, de manera que ese recurso actúa con mayor eficacia como una especie de seguro frente al riesgo.

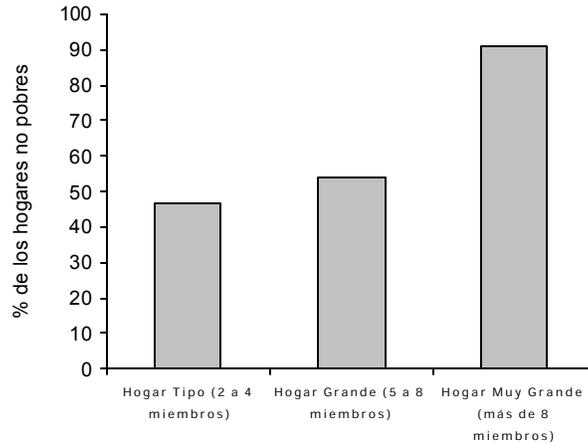
Este resultado realza el valor que tienen las certificaciones educativas para los hogares, ya que no sólo permite garantizar un nivel de ingresos más elevado y reduce el riesgo de verse excluido del mercado de trabajo⁹ sino que también reduce los riesgos asociados a la volatilidad de los ingresos familiares.

Tamaño del hogar y estrategias familiares

Cuando se observa la incidencia de la vulnerabilidad de los hogares de distinto tamaño encontramos que a medida que se incrementa el número de miembros del hogar, mayor es la vulnerabilidad frente a la pobreza.

⁹ La posesión de certificaciones educativas son un determinante fundamental de la probabilidad de salir del desempleo. Ver al respecto Féliz, Panigo y Pérez (2000).

Gráfico 4. Incidencia de la vulnerabilidad entre los hogares, según el número de miembros del hogar



Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC.

Esta estructura expresa un conjunto de estrategias familiares que buscan optimizar el uso de los recursos, aprovechando las economías de escala provenientes de la conjunción de varias familias en un mismo hogar. Las familias juntan sus recursos con el objetivo de licuar los diversos gastos fijos asociados al sostenimiento del hogar (en particular, el alquiler de la vivienda, los impuestos, etc.) así como buscando la reducción en la volatilidad de los ingresos familiares. La fuerte caída en la volatilidad de los ingresos en los hogares de mayor tamaño permite reducir la incertidumbre respecto del futuro, incrementando efectivamente el valor actual de los ingresos (el coeficiente de variación de los ingresos se reduce en un 15% para los hogares de más de 8 miembros frente a los hogares de entre 2 y 4 integrantes). Como señalan Isla y otros (1999) la presencia de muchos integrantes en el hogar conlleva una clase de seguridad para todos los miembros y reduce el temor a la bancarrota. En este caso, ese temor es el temor a la indigencia, o tal vez la exclusión.

En el marco de un flujo de ingresos que sólo permiten sostener niveles de consumo reducidos, el mayor tamaño de los hogares ayuda a reducir la volatilidad de los ingresos. Entre los hogares de mayor tamaño, como los ingresos per cápita son muy reducidos, tanto la incidencia de la pobreza como la de la vulnerabilidad se mantienen elevadas (el 89% y el 91% de los hogares de mayor tamaño son pobres y vulnerables¹⁰, respectivamente). Podríamos decir que estas familias adoptan una estrategia solidaria de compartir los recursos limitados con el objetivo de garantizar la subsistencia de los grupos familiares.

Utilización intensiva de los recursos

El análisis de la proporción de activos y ocupados en el total de miembros de los hogares permiten descubrir las estrategias de sostenimiento de los ingresos desplegadas por los hogares que intentan con gran esfuerzo sostener sus niveles de consumo frente a coyunturas difíciles.

En efecto, la estrategia de participación masiva en el mercado de trabajo no tiene como resultado una fuerte reducción en la vulnerabilidad de los hogares (ya que la incidencia de la vulnerabilidad se mantiene elevada), aunque sí permite sostener ingresos relativamente elevados. Sólo consiguen controlar los efectos de la incertidumbre en los ingresos aquellos

¹⁰ Recordar que en el marco de este estudio la incidencia de la vulnerabilidad se mide en proporción al conjunto de hogares no pobres.

hogares que son exitosos en el empleo de su fuerza de trabajo. A medida que logran incrementar el número de ocupados consiguen reducir su vulnerabilidad sistemáticamente.

En contextos elevadamente volátiles, la incorporación forzada de la fuerza de trabajo de los hogares al mercado no logra ser eficaz en cuanto a lograr de manera exitosa reducir los niveles de vulnerabilidad. Probablemente, se requiera un proceso relativamente lento y costoso para lograr que ese recurso (que no se encontraba mercantilizado) se transforme en un activo con valor económico. De cualquier manera, al incrementarse el número de buscadores activos de empleo en el hogar, se incrementan las posibilidades de encontrar una ocupación remunerada que permita, al menos, sostener los ingresos familiares. Solamente cuando la estrategia familiar de inserción se convierte en exitosa (a partir de lograr emplear a la mayoría de los miembros activos), logran los hogares reducir apreciablemente el grado de vulnerabilidad frente a la pobreza.

La vulnerabilidad no es clasista

Por último, las características de la inserción ocupacional de los jefes de hogar no tienen significativos efectos sobre la vulnerabilidad de los hogares. Si bien es cierto que a medida que uno “asciende” en la calidad de la inserción ocupacional (del cuentapropismo al empleo asalariado y de allí a las posiciones capitalistas) se observa una reducción en la incidencia de la pobreza, la magnitud de la vulnerabilidad frente a la misma es similar en los distintos estratos sociales. El 55% del conjunto de los capitalistas no pobres son vulnerables a la pobreza, al igual el 55% de los cuentapropistas y el 47% de los trabajadores asalariados.

Esto no indica, claro está, que existen diferencias fuertes entre los distintos estratos sociales. En efecto, nuestras estimaciones muestran que tres cuartos (3/4) del total de los trabajadores por cuenta propia y más de dos tercios (2/3) de los trabajadores asalariados se encuentran en la pobreza o en alto riesgo de caer en ella, mientras que “sólo” el 60% de los capitalistas están en tal situación.

El hecho de que la incidencia de la vulnerabilidad de asalariados y patrones sea similar podría estar expresando el proceso comentado con anterioridad a partir del cual los capitalistas han logrado transferir a los trabajadores una buena proporción del riesgo empresario (Deledicque y Félix, 2000). En efecto, mientras la explotación sigue estando en la esencia del sistema de producción capitalista (lo cual se ve reflejado en la diferencia en la incidencia de la pobreza entre asalariados, que reciben ingresos muy por debajo del costo de reproducción familiar, y los capitalistas, quienes se apropian de ingresos muy por encima de los necesarios para sostener “una vida confortable”), el riesgo inherente a la actividad empresaria es ahora “compartido”.

Por otra parte, las posibilidades que poseen los hogares capitalistas para hacer frente a situaciones de riesgo son ampliamente superiores a las del resto de los hogares. El hecho de que los hogares capitalistas tengan niveles de ingreso sustancialmente más elevados que el resto permite suponer que también tendrán amplia capacidad de ahorro y que por lo tanto tendrán una masa de recursos acumulados que les permitiría, en caso de ser necesario, soportar más fácilmente los momentos de crisis. La posibilidad de tener recursos acumulados facilita el acceso a los sistemas de crédito y seguro, lo cual hace más sencilla la tarea de amortiguar las variaciones en los ingresos.

Por otro lado, sin embargo, se observa que el nivel de riesgo e incertidumbre que enfrentan los hogares atraviesa a todos los estratos sociales con la excepción, tal vez, de los más grandes propietarios¹¹.

¹¹ Basualdo (2001) muestra como los ingresos de las mayores empresas, y uno podría inferir los mayores propietarios, de la Argentina tienen una dinámica fuertemente aislada de la volatilidad del ciclo económico nacional.

Conclusiones

La estrategia presentada para la evaluación de los niveles de vulnerabilidad de los hogares frente a la pobreza fue exitosa en su primer objetivo. En efecto, encontramos que una proporción muy importante de la población corre serios riesgos de caer en la pobreza en el corto plazo. Más de la mitad de la población no pobre está en riesgo inminente de pobreza.

En el marco de una elevada volatilidad macroeconómica (Féiz et. al., 2000) los agentes económicos, en general, y los hogares (como unidades de gasto), en particular, tienden a incrementar su “preferencia por la flexibilidad”. Esto significa que priorizarán las opciones de corto plazo frente a decisiones que en el largo plazo puedan tener rendimientos (económicos y no económicos) considerables. Este tipo de decisiones no sólo tiene efectos de largo plazo sobre el bienestar de los hogares sino que son para el conjunto de la economía fuertemente ineficientes. La decisión de retirar a los hijos del sistema educativo para incorporarlos prematuramente al mercado de trabajo no sólo tendrá efectos en cuanto a limitar la movilidad social¹², sino que además reducen las posibilidades de crecimiento económico en el largo plazo (pues limitan la acumulación de capital humano y la capacidad de innovación).

Frente a esta situación de incertidumbre y riesgo latente, los hogares parecen desarrollar estrategias defensivas con el objetivo de acotar los riesgos y sostener los ingresos familiares. Tal vez valdría afirmar que más que estrategias (que tienen implícita la idea de que ellos se desenvuelven en un “espacio de oportunidades”) los hogares argentinos desarrollan tácticas de supervivencia (asociadas a un desempeño en el espacio de las “obligaciones”) (de Certeau, 1988 citado por Isla y otros, 1999). Es decir, los hogares toman sus decisiones en un ambiente o espacio tan reducido que no se encuentran en capacidad de controlar sus circunstancias.

Las alternativas con que los hogares se ven acotadas en el corto plazo a lograr optimizar la utilización de los recursos disponibles o a maximizar la transformación de recursos disponibles en activos valorizables.

Por un lado, los hogares que poseen mayores dificultades de inserción productiva optan por una salida de tipo solidaria. En esta alternativa, conviven en hogares con gran número de miembros de forma de reducir los costos unitarios de la subsistencia (aprovechando al máximo las economías de escala en el consumo). A la vez, logran reducir al máximo la incertidumbre asociada a los ingresos familiares, acotando el nivel de ansiedad asociado al riesgo vital. Esta táctica no logra reducir la incidencia de la vulnerabilidad pues las familias con gran número de integrantes no tienen en realidad capacidad de sostener sus niveles de consumo alejados de los límites de la indigencia.

Una estrategia alternativa, a la mano de aquellos hogares con mayores posibilidades de inserción ocupacional, es la de maximizar la participación de los miembros del hogar en la fuerza de trabajo activa, intentando reducir la vulnerabilidad no tanto limitando la volatilidad de los ingresos como alejando los niveles de ingresos de la línea de pobreza. En efecto, aquellos hogares que consiguen insertar una elevada cantidad de miembros en la actividad productiva reducen fuertemente su vulnerabilidad a la pobreza. Por el contrario, aquellos hogares con dificultades de inserción en el empleo sólo logran incrementar sus ingresos familiares per cápita pero a costa de sostener elevados niveles de volatilidad (y, en consecuencia, elevados niveles de vulnerabilidad).

En el contexto de las actuales políticas económicas y sociales que se caracterizan por una falta de sistemas de contención y de búsqueda colectiva de inclusión, creemos que es útil

¹² La elevada volatilidad

prestar atención a las diferentes esferas de la vida social y preguntarnos que dinámicas de exclusión (asociadas a patrones de elevada vulnerabilidad) pueden estar funcionando en estas y que grupos de la población la sufren con más intensidad. De este modo se podrían diseñar políticas que actúen antes de que se produzcan mayores deterioros de las condiciones de vida aun si –como ya se señaló- dichas dinámicas no tienen como desenlace certero la exclusión plena (Kessler y Minujin, 1995). Esto implicaría recuperar como grupos objetivos a los estratos populares y medios descuidados por una excesiva focalización, y hoy bastante indefensos frente a las frecuentes recesiones económicas y a la nueva institucionalidad que rige el acceso a los servicios sociales (CEPAL, 1999).

En función de la discusión previa, podemos decir que las opciones de políticas públicas orientadas a reducir la vulnerabilidad social podrían organizarse en tres niveles esenciales.

Por un lado, se encuentran las políticas de carácter macroeconómico orientadas a acotar la volatilidad macroeconómica. La existencia de un régimen cambiario y monetario excesivamente rígido junto con un sistema tributario altamente procíclico transforma al mercado de trabajo en el principal espacio en donde la inestabilidad macroeconómica se expresa y debe ser absorbida.

Como hemos señalado la elevada inestabilidad de los ingresos agregados de la economía se traslada hacia la economía de los hogares a través de sus efectos en el mercado de trabajo. Este actúa como el principal canal de transmisión de las fluctuaciones hacia los hogares.

En segundo lugar, el (re)establecimiento de un sistema de seguro social generalizado permitiría, aun sin eliminar las fuentes originales de la vulnerabilidad social, al menos atenuar sus efectos negativos. Es claro que dado que la vulnerabilidad frente a la pobreza es un problema fuertemente generalizado y donde las características de la inserción ocupacional de los miembros del hogar juegan un rol trascendental, el seguro social debiera buscar compensar las fluctuaciones en los ingresos provenientes del mercado de trabajo. Tanto las políticas de seguro de desempleo de carácter amplio y generalizado como propuestas más abarcativas como aquellas ligadas al establecimiento de un ingreso ciudadano (Lo Vuolo, 1995; IDEP-CTA, 2000) podrían actuar en ese sentido al amortiguar los efectos más importantes del riesgo latente sobre las familias.

Por último, sería deseable el diseño de un conjunto de políticas dirigido a reducir directamente la volatilidad de los ingresos familiares y consecuentemente la incidencia de la vulnerabilidad. Medidas tendientes a reducir la precarización en la inserción ocupacional permitirían limitar reducir la porción del riesgo macroeconómico que es absorbido por los hogares.

Por otra parte, uno de los efectos de la vulnerabilidad social es que los hogares se ven compelidos a insertarse en el mercado de trabajo en condiciones extremadamente desfavorables. En ese contexto, la definición de estrategias de vida con perspectivas de largo alcance se ven reemplazadas por decisiones de carácter meramente cortoplacista (decisiones tácticas). Las políticas de pleno empleo orientadas a garantizar que las decisiones de incorporación al mercado de trabajo tengan un mayor grado de libertad favorecerían la adopción de opciones familiares de carácter estratégico, en tanto la existencia de suficientes puestos de trabajo de calidad aceptable permite a los hogares efectivamente “elegir” los tiempos y características de su participación.

Si en los ochenta la principal fuente de incertidumbre fue la inflación (que dificultaba la optimización de los patrones de gasto), en los noventa la vulnerabilidad frente a la pobreza (y la pobreza misma) es uno de los problemas sociales más urgentes. La vulnerabilidad frente a la pobreza altera no solo las decisiones de gasto e inversión (en particular, aquellas de largo plazo e importancia vital para el desarrollo económico, tales como las inversiones

en educación) sino que provoca serios trastornos en la organización de los hogares, desestructurando las familias y aumentando la angustia y la desesperanza.

Referencias bibliográficas

Antunes, Ricardo, "La metamorfosis y la centralidad del trabajo, hoy", Castillo, Juan José (ed.), *El trabajo del futuro*, Editorial Complutense.

Basualdo, Eduardo (2001), Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década de los noventa, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, FLACSO, IDEP.

Beccaria, L. (1993), Notas sobre la pobreza y la acción del Estado para superarla, Serie Estudio, 7, Centro de Estudios para el cambio Estructural (CECE), Buenos Aires.

Beccaria, L. y Minujin A. (1991), Sobre la medición de la pobreza: Enseñanzas a partir de la experiencia argentina, Documentos de Trabajo N°8, UNICEF Argentina.

Becker, Gary (1964), "Human Capital. A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference to Education", Princeton University.

Bowles, Samuel y Gintis, Herbert (1998), "The Determinants of Earnings: Skills, Preferences, and Schooling", University of Massachusetts, Amherst.

Castel, Robert (1991), "Los desafiados. Precariedad del trabajo y vulnerabilidad relacional", *Revista Topía*, año 1.

Castel, Robert (1995), "De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso", *Archipiélago*, 91, Madrid.

Castel, Robert (1995), "La dinámica de los procesos de marginalización. De la vulnerabilidad a la exclusión", *Revista Topía*.

Castel, Robert (1998), "La lógica de la exclusión", en *Todos entran*, Minujin, A. y Bustelo, E. (comp.), Santillana.

CEPAL (1999), Panorama Social de América Latina.

Davidson, Paul (1996), "Realidad y teoría económica", *Revista Buenos Aires. Pensamiento Económico*, 2, primavera, pp.49-82.

de Certeau, Michel (1988), *The practice of everyday life*, University of California Press.

Deledicque, L. Melina y Félix, Mariano (2000), "La política de flexibilización laboral en la Argentina durante los años 90. Actores sociales y economía política", 2das Jornadas de Sociología y Ciencia Política, Colegio de Sociólogos del Uruguay, Montevideo.

Félix, Mariano, Panigo, Demián T. y Pérez, Pablo E. (2000), "Determinantes de la desocupación a nivel regional y su influencia sobre la implementación de políticas de empleo", XXXV Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política (AAEP), Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

Félix, Mariano, Panigo, Demián T. y Pérez, Pablo E. (2000), "Un enfoque econométrico al riesgo macroeconómico. Un análisis entre países: 1980-2000", XXXV Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política (AAEP), Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

González de la Rocha, Mercedes (1999), "Private adjustments: Household responses to the erosion of work", SEPED Conference Papers Series 6, PNUD.

Guillebaud, J. (1995), *La traición a la Ilustración*, Investigación sobre el malestar contemporáneo, Ediciones Manantial.

IDEP-CTA (2000), "Shock redistributivo y profundización democrática", Lozano, Claudio (comp.), *Democracia, Estado y desigualdad*, Segundo Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento, EUDEBA.

Isla, Alejandro, Lacarrieu, Mónica y Selby, Henry (1999), *Parando la olla*, FLACSO, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.

Kessler, Gabriel y Minujin, Alberto (1995), *La nueva pobreza en la Argentina*, Planeta Argentina.

Lee, Haeduck (1999), "Poverty and income distribution in Argentina. Patterns and changes", mimeo.

Lo Vuolo, Rubén (1995), *Contra la exclusión. La propuesta del ingreso ciudadano*, Miño y Dávila Editores, CIEPP, Buenos Aires.

Minujin, Alberto (1998), "Vulnerabilidad y exclusión en América Latina", en *Todos entran*, Minujin, A. y Bustelo, E. (comp.), Santillana.

Mordouch, Jonathan (1994), "Poverty and vulnerability", *The American Economic Review*, vol. 84, 2, pp. 221-225.

Paugam, Serge (1993), *La société française et ses pauvres: l'expérience du revenu minimum d'insertion*, Presse Universitaire de France, París.

Perona, Nélica, Crucella, Carlos, Robin, Silvia y Rocchi, Graciela (2000), "Condiciones de vida de sectores populares urbanos: inequidad, heterogeneidad social y fragmentación política", en *Pobres, pobreza y exclusión social*, CEIL-CONICET.

Pritchett, Lant, Suryahadi, Asep y Sumarto, Sudarno (1999), "Quantifying vulnerability to poverty: a proposed measure, applied to Indonesia", Social Monitoring and Early Response Unit, Jakarta, World Bank Group.

Rifkin, Jeremy (1995), *The end of work: the decline of the global labor force and the dawn of the post-market era*, Tarcher and Putnam's sons, Nueva York.

Sen, Amartya K. (1997), *Inequality reexamined*, 4ta edición, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

Thurow, Lester C. (1975), *Generating Inequality*, Basic Books.

Anexo de tablas

Vulnerabilidad de los hogares. Total del país y regiones

	n	Desvío Estándar de Δ IPCF	Ingreso per cápita familiar (IPCF)	Línea de pobreza (LP)	Línea de vulnerabilidad a la pobreza (LVP)	Incidencia de la pobreza (% de los hogares)	Incidencia de la vulnerabilidad (% de hogares no pobres)
Total País	2	337,1	456,0	141,0	324,7	32	51
	7						
GBA	2	351,5	506,2	140,5	332,0	26	49
	7						
Pampeana	2	286,2	379,1	138,1	294,1	32	50
	7						
Noroeste	2	210,8	366,3	146,1	261,0	49	49
	7						
Noreste	2	262,3	340,0	135,7	278,6	56	59
	7						
Cuyo	2	431,5	382,0	148,9	384,1	46	69
	7						
Patagónica	2	490,8	486,2	147,4	414,9	28	60
	7						

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INDEC

Vulnerabilidad de los hogares, según el nivel educativo del jefe de hogar

Línea de pobreza (LP)= 141,0	n	Desvío Estándar de Δ IPCF	Ingreso per cápita familiar (IPCF)	Línea de vulnerabilidad a la pobreza (LVP)	Incidencia de la pobreza (% de los hogares)	Incidencia de la vulnerabilidad (% de hogares no pobres)
		Hogares no pobres				
Educación Superior Completa	2	635,2	875,8	487,2	5	34
	7			976,2		68
Educación Media Completa	2	336,5	494,1	324,4	17	40
	7			583,5		73
Educación Primaria Completa	2	191,6	328,3	245,4	40	47
	7			393,0		75
Educación Inferior a Primaria Completa	2	207,2	285,2	253,9	50	56
	7			413,5		88

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INDEC

Vulnerabilidad de los hogares, según el sexo y edad del jefe de hogar

Línea de pobreza (LP)= 141,0	n	Desvío Estándar de Δ IPCF	Ingreso per cápita familiar (IPCF)	Línea de vulnerabilidad a la pobreza (LVP)	Incidencia de la pobreza (% de los hogares)	Incidencia de la vulnerabilidad (% de hogares no pobres)
		Hogares no pobres				
Varones	2	316,3	458,9	313,4	34	50
	7			557,0		77
Mujeres	2	381,7	449,3	349,0	27	53
	7			642,8		82
Jóvenes (de 14 a 24 años)	2	160,6	375,6	228,5	36	27
	7			352,1		59
Adultos (de 25 a 49 años)	2	366,8	473,4	340,9	38	55
	7			623,4		81
Mayores (50 y más años)	2	320,1	446,6	315,4	25	51
	7			561,8		77

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INDEC

Vulnerabilidad de los hogares, según la categoría de ocupación del jefe de hogar

Línea de pobreza (LP)= 141,0	n	Desvío Estándar de Δ IPCF	Ingreso per cápita familiar (IPCF)	Línea de vulnerabilidad a la pobreza (LVP)	Incidencia de la pobreza (% de los hogares)	Incidencia de la vulnerabilidad (% de hogares no pobres)
		Hogares no pobres				
Patrones o empleadores	2	715,8	772,9	531,1	12	55
	7			1082,2		80
Trabajadores por cuenta propia	2	382,2	451,1	349,3	45	55
	7			643,5		84
Obreros o empleados	2	310,5	476,6	310,2	32	47
	7			549,2		75
Trabajadores no remunerados	2	154,5	428,9	225,2	21	53
	7			344,1		72

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INDEC

Vulnerabilidad de los hogares, según el tamaño del hogar

Línea de pobreza (LP)= 141,0	n	Desvío Estándar de Δ IPCF	Ingreso per cápita familiar (IPCF)	Línea de vulnerabilidad a la pobreza (LVP)	Incidencia de la pobreza (% de los hogares)	Incidencia de la vulnerabilidad (% de hogares no pobres)
		Hogares no pobres				
Hogar Unipersonal	2	522,8	618,5	425,9	12	57
	7			828,4		80
Hogar Tipo	2	292,8	449,3	300,6	25	47
	7			526,0		75
Hogar Grande	2	207,0	315,3	253,8	54	54
	7			413,2		83
Hogar Muy Grande	2	95,1	172,1	192,8	89	91
	7			266,0		91

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INDEC

Vulnerabilidad de los hogares, según la proporción de activos en el hogar

Línea de pobreza (LP)= 141,0	n	Desvío Estándar de Δ IPCF	Ingreso per cápita familiar (IPCF)	Línea de vulnerabilidad a la pobreza (LVP)	Incidencia de la pobreza (% de los hogares)	Incidencia de la vulnerabilidad (% de hogares no pobres)
		Hogares no pobres				
Pocos activos (menos de 1 cada 4)	2	218,9	334,9	260,3	52	52
	7			428,8		81
Algunos activos (entre 1 y 2 cada 4)	2	186,6	323,2	242,7	47	51
	7			386,4		75
Varios activos (entre 2 y 3 cada 4)	2	286,1	437,2	296,9	24	42
	7			517,2		75
Muchos activos (entre 3 y 4 cada 4)	2	386,0	583,3	351,4	12	42
	7			648,6		74

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INDEC

Vulnerabilidad de los hogares, según el número de ocupados en el hogar

Línea de pobreza (LP)= 141,0	n	Desvío Estándar de Δ IPCF	Ingreso per cápita familiar (IPCF)	Línea de vulnerabilidad a la pobreza (LVP)	Incidencia de la pobreza (% de los hogares)	Incidencia de la vulnerabilidad (% de hogares no pobres)
		Hogares no pobres				
0 ocupados	2	165,0	350,6	230,9	44	63
	7			358,0		68
1 ocupado	2	286,3	365,9	297,0	44	57
	7			517,5		82
2 ocupados	2	307,2	499,9	308,4	23	42
	7			544,9		71
3 ocupados	2	246,0	421,3	275,1	22	42
	7			464,5		72
más de 4 ocupados	2	206,4	436,7	253,5	20	34
	7			412,3		69

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del INDEC